

## **IGLESIA, TEOLOGÍA Y ECLESIOLOGÍA.** **LOS RETOS ACTUALES**

**Isabel Gómez Acebo, Roma a 5 de Junio de 2008**

### **Los signos de los tiempos cuestionan a la teología**

Las relaciones de la Iglesia con la etapa de la modernidad, algo anterior a la nuestra, no fueron buenas y el Concilio Vaticano II intentó un cambio aceptando algunos de sus postulados pues la Iglesia tiene el deber de ajustarse a los signos de los tiempos para que su mensaje sea comprendido por todas las generaciones que se van sucediendo. Muchas definiciones de épocas anteriores están vacías de sentido para las personas de nuestro mundo que no comparten vocabulario ni cosmología con quienes las crearon.

Dentro de este intento renovador, los cambios más importantes que introdujo el concilio suponen la aceptación de la bondad del mundo creado y el abandono de la idea de que fuera de la Iglesia no se podía encontrar la salvación. El primero dejaba claro que no había que huir del mundo ni renunciar al cuerpo para salvarse, mientras que lo segundo nos abría a la relación con las otras religiones del planeta. Dos reflexiones aparentemente inocentes pero que van a influir en la mayoría de las cuestiones teológicas y que están reclamando ajustes.

El concilio fue fundamentalmente un concilio, como diría Rahner, de la Iglesia y sobre la Iglesia en la que introdujo muchas novedades que giraron en torno a la comunión entre todos sus miembros y a la condición del bautismo como sacramento básico de su estructura, suplantando a la jerarquía. Todos sabemos la dificultad que supuso llevar a la práctica estos principios que contradecían la postura milenaria que había seguido la Iglesia con lo que, al día de hoy, quedan muchas cosas por hacer de las que se reclamaron entonces. Las reticencias a los cambios que se generaron en los años posteriores al concilio, han incrementado el problema pues a su trabajo inconcluso se le han sumado nuevas exigencias.

Una de ellas es la globalización del mundo que ha restado peso al pensamiento europeo en beneficio de otros lugares del planeta que adquieren una voz que nunca tuvieron y que aportan su acervo cultural y su mentalidad. No hay teología sin una cultura subyacente y como ya no es la misma para todo el mundo tenemos que aprender a vivir en la interculturación. Estos pueblos que se incorporan piden que se acepte su diversidad y que la Iglesia sea capaz de guardar la unidad dentro de una pluralidad. Un reto que no es siempre fácil.

Como botón de muestra nos encontramos con que de América latina, ha llegado la teología de la liberación que ante la situación de la pobreza en ese continente ha generado la idea de la opción preferencial por los pobres que ha obligado a realizar una reflexión profunda sobre la realidad de ser cristiano.

Por otro lado, la irrupción en masa de las mujeres a la vida pública ha incidido en una serie de aportaciones y de demandas desde la teología feminista, que han venido acompañadas de estudios sobre las primeras comunidades cristianas donde algunas mujeres tuvieron un gran protagonismo formando parte durante centurias del diaconado.

Los ojos de las mujeres de hoy han descubierto nuevos matices en casi todos los tratados clásicos de la teología, intuiciones novedosas que han sido acogidas de manera diversa.

Fuera del mundo cristiano una serie de elementos de la vida civil están forzando también a la Iglesia a reflexionar: democracia, derechos humanos, avances en la bioética... Retos que tocan a la puerta del pensamiento para ofrecer soluciones.

### **Alguna de las respuestas teológicas a los nuevos retos**

La teología a lo largo de las últimas décadas ha tratado de responder a algunas de las cuestiones que se le iban sometiendo. Unos campos se han visto más libres, como el bíblico, para la oferta de caminos nuevos mientras que otros se han encontrado con menos facilidades para trabajar en las fronteras pues pronto eran tachados de heterodoxos.

Creo que en la liturgia se ha hecho un gran esfuerzo que ha resultado muy positivo. Se empezó por la utilización de las lenguas vernáculas para ir, poco a poco, introduciendo el vestido, la música y el canto de cada pueblo. Lo mismo que hicieron los jesuitas en China hace algunas centurias y que les permitió extender el cristianismo con facilidad. Desgraciadamente las denuncias a Roma por celos acabaron con estos intentos antiguos pero creo que hemos aprendido la lección y no volverá a ocurrir algo semejante.

El estudio de la Biblia también ha tenido un gran impulso gracias sobre todo a los métodos histórico críticos que tras una serie de reticencias iniciales fueron al fin aceptados. Junto a ellos, la aportación de otras ciencias como la antropología, sociología y arqueología que han abierto muchas ventanas para la comprensión de los libros inspirados. Lo mismo se puede decir de la literatura comparada y de los descubrimientos de Qumran o de los textos gnósticos aparecidos en Egipto a lo largo del siglo pasado. Es en los estudios bíblicos donde las cuestiones ecuménicas se han saldado con mayor facilidad pues los autores protestantes o católicos se citan y se apoyan mutuamente.

En el tratado sobre Dios también se han introducido muchas novedades. El dolor que causó en el mundo la II Guerra Mundial hizo reflexionar sobre uno de los postulados clásicos que defendía la impassibilidad divina; un ser perfecto, se decía, no podía sufrir. Era una reflexión nacida del mundo de la filosofía y que los místicos que tenían experiencia divina desmentían. El pensamiento femenino también se sumó a los que pensaban que el Dios cristiano sufría y gozaba con sus criaturas y para ello, se apoyaba en la figura de la madre que comparte con el hijo la vida como si fuera suya.

Un Dios que ve el sufrimiento de los desamparados del mundo, que oye el clamor de los afligidos como dice la Biblia es un Dios de la justicia que busca su liberación. Parece claro que las gravísimas injusticias de nuestro tiempo atentan directamente contra el credo cristiano y parece que desmienten el reinado de Dios en este mundo ya que las naciones ricas son en su mayoría cristianas. La transformación del género humano y la liberación de toda situación opresiva se convierten en un deseo primordial de Dios que confía a sus seguidores la tarea de llevarlo a cabo.

Esta preocupación divina no se limita al ser humano sino que se amplía a todo el campo de la creación, una intuición que ha sido la causante de que naciera una nueva ciencia, todavía incipiente, la ecoteología que estudia la relación del cristianismo con el cosmos. Pero ¿qué relación tiene Dios, aparte de la mediada con los seres humanos, con un mundo que ha creado autónomo? ¿Interviene desde fuera? La defensa de esa autonomía nos cuestiona sobre la demanda de milagros ¿podemos pedir a Dios que los haga? ¿Dónde queda la oración de petición?

La referencia materna de la que hablábamos nos enfrenta a las metáforas y los símbolos femeninos para Dios que se recibieron al principio con sorpresa e incluso burla pero que han ido calando entre los cristianos. Hoy muchas liturgias hacen referencia a Dios en femenino. Esa imagen ha ido acompañada del intento de colocar en Dios los valores que normalmente se aplican al mundo de las mujeres como son la ternura, la compasión, la cercanía, la empatía, el cuidado... Con ello, se conseguía dulcificar la imagen del juez implacable, legalista y normativo que tanto miedo ha causado a muchas generaciones de cristianos y que nada tiene que ver con la imagen de misericordia y perdón que aparece en el hijo pródigo que nos relató Jesucristo.

La teología ha avanzado bastante en la moral social y menos en la personal donde se enfrenta con todos los descubrimientos de la biomedicina que demandan respuestas difíciles de encontrar y donde posiblemente es buena la medida hasta conocer todas las consecuencias. La moral está en un continuo proceso de gestación y el cristianismo tiene que encontrar sus respuestas en diálogo con las ciencias sociales a sabiendas de que estos cambios provocan momentos de crisis e incertidumbre.

Donde se ha producido un cisma entre el pensamiento oficial y el del pueblo cristiano ha sido en la moral sexual. En naciones fundamentalmente católicas como es el caso de Italia y de España los índices de natalidad son los más bajos del mundo y pueden estar seguros de que no se utilizan los métodos conocidos como naturales que son los únicos que acepta la doctrina oficial. La jerarquía reconoció que el matrimonio tenía dos fines ampliando el placer sexual, antes ignorado, a la procreación pero se quedó corto de las aspiraciones de muchos cristianos que se habían aprovechado de la indefinición durante un tiempo del pontificado de Pablo VI para utilizar controles a la natalidad.

El cisma ante jerarquía y pueblo no ha sido indiferente pues a raíz de la publicación de la *Humanae Vitae*, la encíclica que publicó Pablo VI en 1968, los católicos en masa decidieron dar la espalda a las propuestas del pontífice y seguir a sus conciencias. Un camino que sería difícil la primera vez pero que, dado el primer paso, los siguientes causan menor esfuerzo, con lo que la falta de sintonía entre clero y pueblo se ha ido ampliando y dando en otros campos.

No creo exagerar cuando digo que hoy los católicos escuchan las propuestas de la jerarquía, cuando las escuchan, para obrar según su parecer. Vivimos en un mundo que no reconoce la autoridad y que tampoco le gusta valerse de mediaciones con lo que los dirigentes de todos los colectivos, no sólo el cristiano, se enfrentan con problemas de desobediencia. No hay más que mirar a la familia y a la escuela para verificar la verdad de mis palabras.

Se ha superado felizmente una moral individual que buscaba la salvación personal y creo que también se han dado pasos para reconocer que para el creyente la moral no puede ser un código de leyes y preceptos, ni siquiera una ciencia de valores. La actuación del cristiano debe ser la respuesta agradecida al amor de Dios colaborando en la realización de su Reino cuya forma concreta deja en nuestras manos.

Como corresponde he dejado para el final el tema de la escatología que ha intentado en los últimos años expresar de un modo nuevo lo que en otro tiempo recogía, con escasa fortuna, el tratado llamado de los novísimos. Los intentos actuales tropiezan con toda la imaginaria que los cristianos mantienen viva sobre torturas en el infierno y cosas semejantes. Al hablar sobre la esperanza los teólogos saben que sus interlocutores viven en una civilización presentista que cree en el progreso de este mundo y que tiene muy poco en cuenta el futuro. Este hecho obliga a que las esperanzas cristianas no se remitan exclusivamente al más allá sino que se abran también al presente.

Con la irrupción del nuevo milenio se ha abierto la caja de los Apocalipsis pero con la característica de que aportan enseñanzas para el presente y abandonan predicciones catastrofistas para el futuro. El Apocalipsis de Juan aplicado a nuestro mundo supone entablar una lucha contra el mal, aquí y ahora, manteniendo viva la esperanza del triunfo que cuenta con la constancia de una consumación futura que se va posponiendo.

Tras este breve repaso a las cuestiones que se le plantean a la teología en general y a la forma en las que las va respondiendo vamos a entrar más a fondo en los dos temas que están suscitando mayores problemas. Me refiero a la cristología y a la eclesiología donde han entrado por la puerta grande todos los retos que plantea el mundo moderno a nuestro pensamiento.

### **La cristología**

Según el concilio de Nicea la persona de Jesucristo tiene dos naturalezas la divina y la humana una afirmación que siempre ha tenido la tentación de caer en el monofisismo que supone enfatizar una a expensas de la otra. Una buena parte de la cristiandad fue y sigue siendo monofisita ya que sólo pensaba en la divinidad de Jesús olvidando su vida en Palestina sometida a todas las vicisitudes de un ser humano.

Precisamente el reconocimiento de la bondad de la materia ha hecho que muchos teólogos se cuestionaran sobre la vida de Jesús de Nazaret. No era un mero disfraz, ni una visita de inspección, frecuentes en otros credos religiosos, sino una encarnación auténtica pues el propio encarnado desconocía su procedencia. Como dice el himno de Filipenses: “A pesar de su condición divina, no se aferró a su categoría de Dios, pues al contrario se despojó de su rango y tomó la condición de esclavo, haciéndose uno de tantos”.

Las mejores cristologías actuales discurren por ello muy pegadas a los evangelios: su vida, relación con su Padre, entrega al servicio del Reino, forma de entender la ley y el culto, relación con los marginados, actitud ante el dinero, radicalidad de su mensaje, la fuerte conflictividad que despertó... Estas cristologías han conseguido recuperar la memoria subversiva y subyugante de su persona y reivindicar con fuerza su seguimiento como elemento central y constitutivo de la fe cristiana.

También estos autores rehuyen poner el peso en la cruz como sacrificio expiatorio, precio pagado o satisfacción sustitutiva que creaba una imagen de Dios implacable e incluso cruel. No fue Dios quién le condenó sino los dirigentes de su tiempo que no pudieron soportar su entrega generosa a los pobres que hacía disminuir su imagen ante el pueblo.

Hasta hace poco tiempo la teología hablaba muy poco de la resurrección que hoy se entiende como el resultado de toda una vida que Dios quiso plenificar y que genera una esperanza que no es simple espera sino que exige una constante renovación de la vida. Dios resucitó a una víctima y a un hombre justo con lo que esa resurrección se convierte en buena noticia para las víctimas y para las personas que intentan la mejora de sus vidas.

El tema no es nuevo pues ya a finales del siglo XIX y principios del XX aparecieron una serie de “biografías” de Jesús que intentaban llegar al hombre que había quedado oculto bajo el Cristo de la fe. El resultado entonces fue triste porque era muy poco científico y las obras nacían como experiencia personal de sus autores. Así algunos presentaban a un profeta, otros a un salvador o un taumaturgo. Al comparar los trabajos la decepción fue tal que uno de esos autores abandonó su cátedra de teología en una universidad alemana y se fue a una leprosería en África. En el cuerpo de aquellos enfermos tenía la seguridad de que encontraría al verdadero Jesús.

El siguiente paso lo dio Bultmann (1884-1973) avanzando en el escepticismo histórico ya que consideraba que Pablo había desvinculado a Jesús de sus raíces para revestirlo de una serie de categorías que tenían su origen en las religiones místicas del mundo helenista. Una serie de colaboradores siguieron con estas tesis que acabaron negando la posibilidad de llegar al Nazareno.

Hoy, la investigación ha abandonado suelo alemán para trasladarse a los Estados Unidos donde un grupo de 74 expertos se han reunido para precisar que pasajes de los evangelios se pueden remontar a la persona de Jesús. En general, son escépticos sobre la historicidad de muchos de ellos, pues sólo reconocen un origen histórico al 82% de los evangelios pero consideran, eso sí, que se pueden recuperar las grandes actitudes y comportamientos de Jesús de Nazaret.

Se apoyan para sus conclusiones en una serie de pilares: que los evangelios sinópticos están más cercanos a Jesús que el evangelio de Juan que es menos histórico, que Marcos es anterior a Mateo y a Lucas, que la hipotética fuente Q es compartida por Mateo y Lucas y que la prueba de la historicidad tiene que recaer sobre los que la defienden. Cuentan con todo lo que les han aportado las otras ciencias, la literatura apócrifa, Qumran y los textos gnósticos recientemente encontrados.

Ni que decir tiene que sus postulados son cuestionables y que nos podemos quedar siempre con la idea de que al principio de todo estaba Jesús de Nazaret, sin cuya vida y obra, no existirían los evangelios ni los cristianos. La Iglesia jerárquica da por válidas estas investigaciones pero le preocupa que este estudio haya anulado el siguiente paso que supone una cristología de abajo/arriba, es decir que del Jesús de la historia se avance al Cristo de la fe. La verdad es que hoy nos enfrentamos a que muchos cristianos tienen dificultad para admitir la divinidad de Jesús, un tema que veremos al tratar de nuestra relación con las otras religiones.

La mariología que siempre se ha estudiado íntimamente unida a la cristología también ha sufrido el cambio de signo que supone abandonar todos los privilegios que asemejaban a María a una diosa para adentrarnos en la mujer que vivió en Nazaret la mayor parte de su vida. El primer paso del cambio lo dio el Vaticano II cuando introdujo su figura en el apartado de la Iglesia, antes estaba en la cristología, presentando su imagen como la más excelsa seguidora de su Hijo. Creo que es bueno saber que algunas afirmaciones marianas hoy se han puesto en tela de juicio por diversos teólogos. Discuten si la virginidad es teológica o histórica y se distingue entre la virginidad antes del parto de la siguiente, dado que aparecen los nombres de algunos hermanos del Nazareno en los evangelios sinópticos.

Una última observación procede de los problemas que a la persona de Cristo como salvador de todos los hombres le causa su carácter absoluto (divinidad) en referencia a las otras religiones. El cristianismo considera que Jesús fue la revelación definitiva de Dios, insuperable y exclusiva pero también universalmente válida lo que plantea problemas. ¿Si fuera de la Iglesia hay salvación que es la persona de Cristo para las otras religiones? Gandhi que admiraba al cristianismo no creía que se podía afirmar que Jesucristo era el único hijo de Dios pues suponía minusvalorar a los otros fundadores o profetas.

Este es uno de los retos de la cristología que más difícil se está demostrando ya que de momento Roma descalifica todas las soluciones que se han ido dando y de las que voy a ofrecer alguna. Uno de los primeros en abordar el problema fue Rahner que viendo la bondad de las personas que militan en otros credos acuñó la frase de que eran “cristianos anónimos”. No conocían a Cristo pero seguían su camino. El problema que plantea esta propuesta es que los que pertenecen a otras confesiones religiosas están contentos en su credo y no quieren ser tachados de cristianos, aunque sea anónimos.

Schillebeeckx apunta a que debemos pensar que hay más verdad religiosa en el conjunto de todas las religiones que en una aislada. Una religión verdadera, habría que eliminar el término absoluto, no está basada en la posesión cierta e inmutable de la verdad divina sino en una experiencia auténtica de la divinidad que ayuda a caminar hacia la plenitud al lado de las religiones que buscan lo mismo. Toda reflexión que nos hace encontrarnos con Dios es verdadera aunque unas tengan más capacidad que otras para iluminar. Todas evolucionan y no tienen a la vez la misma hondura y pureza de aquí que se produzcan conversiones de unas a otras. El mejor criterio de evaluación no está en la verdad de sus postulados sino en el ejercicio del amor y la justicia en el mundo.

Una oferta curiosa es la que propone sustituir el cristocentrismo de la religión cristiana por el teocentrismo ya que es más fácil ponerse de acuerdo sobre Dios, al que adoramos todos, que sobre Cristo. Para los cristianos no debería de ser un problema ya que vemos a Jesús intrínsecamente unido a Dios. Una variante sería poner el acento sobre Jesús de Nazaret que judíos y musulmanes también consideran un profeta lo que haría más factible el entendimiento.

Es bueno como conclusión que nuestra época haya vuelto a la figura de Jesús de Nazaret y a sus relatos pues las fórmulas de Nicea y Constantinopla son irrelevantes para nuestros contemporáneos. Las verdades eternas no se transmiten mecánicamente

sino que deben nacer de nuevo en cada época dentro del alma humana. Nosotros tenemos que seguir narrando el gran relato cristiano y movernos, entre Atenas que representa la reflexión filosófica y Jerusalén, que relata la vida del que anduvo por Palestina. Si hubiera que escoger creo que está claro que hay que poner más Palestina y menos Atenas.

### **La eclesiología**

Creo que todos estaremos de acuerdo en afirmar que la Iglesia ha perdido capacidad para ofrecer sentido a los hombres lo que dificulta la fidelidad interna de sus miembros y la transmisión de la fe fuera de sus fronteras. La conciencia que tuvo el Vaticano II de que había que renovarse o se convertiría en algo marginal en las sociedades desarrolladas se ha incrementado.

En muchos países democráticos la cifra de católicos que no acuden a la Iglesia es alarmante y se les oye decir “soy creyente pero no practicante”, un primer paso que puede conducir hacia la indiferencia o la increencia. Muchos son los motivos que incitan esta actitud y no es el menor, el individualismo y materialismo de nuestra sociedad que renuncia al carácter comunitario y eclesial de la fe, un problema común a las grandes religiones universales que no son capaces de mantener una cohesión social entre sus miembros.

Pero dentro de la propia institución también hay problemas. El Concilio Vaticano II pidió una eclesiología de comunión con mayor colegialidad entre la jerarquía y mayor protagonismo de los laicos pero resultó más fácil escribir los deseos que ponerse de acuerdo entre las distintas facciones dentro de la Iglesia para conseguirlo. El gran paso supuso la creación de conferencias episcopales, consejos diocesanos y parroquiales pero sin auténtico peso especialmente los dos últimos.

El sínodo de los obispos de 1985 quiso seguir avanzando y reflexionó sobre la teología del laicado, la colegialidad episcopal, el ecumenismo y diálogo interreligioso, los nuevos ministerios laicales y el problema de las mujeres que eran los retos candentes que tenía la Iglesia sobre la mesa. Dos años más tarde se celebró un nuevo sínodo cuyo tema principal fue el laicado. Creo que las palabras del arzobispo de Weakland, cuando volvió tras la reunión, reflejan mejor que nadie lo que allí pasó: “Al menos no dimos pasos para atrás”.

Pero los problemas siguen llamando a la puerta y restando credibilidad a una Iglesia que no se presenta acorde a los signos de los tiempos en los que vive. Trataré de hacer un pequeño recorrido de lo que pienso son nuestros mayores conflictos internos.

1 – Excesivo peso de Roma y de Europa en las decisiones que afectan a la Iglesia universal pues a las Conferencias Episcopales no se les ha dado el protagonismo que merecen. Contra el movimiento de descentralización empezado el papado de Juan Pablo II reforzó la monarquía autoritaria de Roma.

2 – La falta de vocaciones al sacerdocio en la mayoría de los países del mundo deja a millones de cristianos sin sacramentos y en la Iglesia hay miedo a que los laicos asuman una serie de tareas que tradicionalmente han quedado en manos de clérigos y que pueden muy bien ser delegadas. El argumento es que esta carencia es coyuntural y

solo en algunas zonas del planeta con lo que no se pueden tomar decisiones que cuando vuelvan los grandes números sean irrevocables.

Sinceramente creo que excepto la confesión y la presidencia de la eucaristía todo lo demás se puede delegar aunque Schillebeeckx, ante la falta de sacerdotes, postula que se pueda celebrar la eucaristía sin ministros ordenados. Sus palabras son que “la eucaristía es un derecho de la comunidad cristiana y la ordenación un servicio a ese derecho”.

Tengo un ejemplo personal muy triste pero que refleja la manera de salir al paso de estas carencias. Cuando uno de nuestros hijos se estaba muriendo por un accidente de ski en un hospital de la Suiza protestante, pedimos al capellán católico que le impartiera la unción. Una vez en la UVI nos pidió que fuéramos nosotros mismos los ministros del sacramento ya que él era también un laico al que el obispo le había encargado la pastoral del hospital. Le dio los óleos diciendo: Haz lo que puedas y pensó que nosotros, sus padres, teníamos la posibilidad de hacer el último servicio a nuestro hijo.

3 – Los laicos viven en sociedades democráticas y están acostumbrados a votar en unas elecciones, una electividad que remonta sus raíces a los inicios de la Iglesia y que se fue perdiendo. Aunque no voten, piden reformas de forma masiva y sus peticiones no son escuchadas. Como ejemplos paradigmáticos: la actitud con los divorciados y vueltos a casar y la reglamentación en torno a las relaciones sexuales. Al final, cansados, votan con los pies lo que supone su marcha silenciosa de la institución.

Dentro de las sociedades modernas nadie se puede perpetuar en el cargo. El que no lleva a buen puerto las obligaciones que se le han encomendado sufre una dimisión fulgurante mientras que la edad también coloca una meta. En la Iglesia tímidamente se han puesto los 75 años como jubilación para el episcopado pero queda exento el obispo de Roma que tiene responsabilidades mucho mayores y no se contempla que un obispo pueda ser depuesto por incompetencia.

4 – Uno de los temas donde más se aprecia la falta de ajuste a los signos de los tiempos es la falta de protagonismo de las mujeres. Una mujer de nuestro siglo, que ha luchado y lucha por conseguir la paridad con el varón en la vida civil, no acepta o lo hace de mal modo que es la voluntad de Dios quedar apartada del gobierno de la Iglesia. Es una actitud que responde a otros periodos de la historia felizmente rebasados.

Son retos importantes que hay que tener la valentía de afrontar con la pregunta sobre ¿Qué tipo de institución representa mejor la comunión que buscaba el Vaticano II? Si volvemos la vista a las primeras comunidades cristianas podemos encontrar una serie de respuestas válidas para nuestro tiempo. Eran pequeñas iglesias locales presididas por un obispo donde la autoridad se consideraba provenía de Dios a través de la comunidad. Creo que en aquellas iglesias todos los creyentes formaban el pueblo elegido de Dios, todos eran llamados a la santidad, todos eran elegidos y todos eran iguales en dignidad. Jerarquía o pueblo, todo el mundo, se consideraba y quedaba involucrado en la instauración del Reino.

Este modelo exige una serie de cambios como serían un primado más modesto, mayor responsabilidad para los episcopados locales, mayor descentralización del



gobierno de la Iglesia, aceptación de la inculturación y la entrada de los laicos en el gobierno eclesial.

De puertas a fuera, en la declaración vaticana *Nostra Aetate* que trata sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas se reconoce que hay elementos de verdad y de gracia salvífica en sus credos. El problema radica en que el cristianismo considera que su revelación es más plena lo que aparece frente a los otros como un favoritismo divino difícil de aceptar para los que no son cristianos. El reto supone concebir un sistema en el que convivan, la verdad del cristianismo junto a la verdad de los otros, considerar que cada religión es única y definitiva para sus seguidores pero que también tienen que decir algo a las otras. No se deben de comparar, ni unir, no se debe intentar la conquista del otro, ni defenderse de sus tesis ya que el acercamiento debe ser para mejorar el conocimiento mutuo y caminar juntos.

Dialogar a nivel de experiencia de Dios y trabajar juntos por la mejora del mundo en el que vivimos. Es en este trabajo común donde la teología de la liberación, cuando habla de macroecumenismo, introduce a los ateos a los que trata como si fueran una verdadera religión y para hacerlo distingue entre el orden de la salvación y el orden del conocimiento, considerando al primero como más importante y al segundo como auxiliar.

A lo mejor la forma de solventar las dificultades del diálogo sea partir de la verdad bíblica que siempre nos reenvía hacia una plenitud de verdad todavía no alcanzada: “Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres” dice la *Epístola a los Hebreos* 1,1 una revelación que continúa y que unos mediadores son capaces de comprender mejor que otros.

El reto sigue en pie pues al día de hoy la mayoría de las afirmaciones que han intentado aportar soluciones se han tachado de relativistas y de ensombrecer a la persona de Cristo. Habrá que seguir buscando.

### **Conclusión**

Decía Sartre que él había escogido su pasado, una frase extraña con la que quería afirmar que era fruto de una experiencia que había trillado. Había seleccionado lo que más le había influido dejando, consciente o inconscientemente, todo otro poso de vivencias a un lado. Yo probablemente he hecho lo mismo a la hora de estudiar los retos a los que nos enfrentamos los cristianos en este milenio que acaba de empezar. Puedo no haber mencionado algunos o dar excesiva importancia a otros.

Creo que en el camino de solucionar los problemas que le van surgiendo al cristianismo y a la Iglesia Católica estamos todos involucrados, laicos y jerarquía, pues todos somos Iglesia y, en un momento con ausencia de vocaciones al sacerdocio, los laicos tenemos que coger con interés el testigo. La labor de la jerarquía supone poner en nuestras manos labores, no como meros suplentes sino como titulares, para que nos consideremos verdaderos actores. De que seamos capaces de dar los pasos necesarios depende que el mensaje de Cristo siga brillando con luz propia por el mundo entero o se reduzca al bastión de una minoría.

Quiero citar una frase de León XIII dicha a un legitimista que se quejaba de los cambios que afectaban a formas y modos que habían pervivido en la Iglesia durante centurias. Le señaló al crucifijo diciendo: “éste es el único cadáver con el que está ligado la Iglesia”. La cultura premoderna está muerta y nosotros tenemos la responsabilidad de no dar respuestas de ayer al hombre de hoy sino utilizar como vehículo los valores de nuestro tiempo. Eso sí soy consciente de que no hay mejor mensaje que la vida coherente con el credo que se profesa.